

paralelamente con las últimas palabras de Jesús Resucitado en el Evangelio de Mateo: “*Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes [...] y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado*” (Mt 28, 19-20).

María orienta, por tanto, a seguir a Jesús, a obedecer su palabra y a considerarlo como referencia absoluta. María ayuda a formar la comunidad nueva de Jesús, de hecho, ayuda a Jesús a hacerse de amigos según cuánto Él mismo había dicho: “*Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando*” (Jn 15,14).

El “*Hagan lo que Él les diga*” pronunciado por María no es una invitación teórica, abstracta, sino una exhortación madurada por la experiencia personal. Las palabras entran en el corazón y en la vida del interlocutor solo si brota del corazón y de la vida de quien habla. María, experta en el confiarse en la Palabra de Dios, ahora puede ayudar a los demás a hacer igual. Su fe es contagiosa: el *fiat* vivido en profundidad se convierte en el *facite* convincente dirigido a los demás.

Para nosotros, miembros de la Familia Salesiana, llamados a ser entre los jóvenes signo y expresión del amor preventivo de Dios, la imagen de María en Caná es particularmente iluminadora. Solo un profundo anhelo de Dios y una sabia comprensión del mundo y de sus necesidades pueden dar eficacia a nuestra acción educativa. El *facite* dirigido a nuestros jóvenes debe ser precedido por la oración confiada “*Se les acabó el vino*” y debe brotar siempre desde nuestro *fiat* personal en adhesión a Dios.

Para compartir...

- ❑ Palabras que se desprenden del texto... Estar – acompañar – Ver - las necesidades/ lo que hay – intervenir. A qué te resuenan... qué te hacen recordar? Que eco hacen en vos?
- ❑ Tus presencias en los diferentes lugares... son como la presencia de María? Podríamos decir también: “en estado de misión permanente”?
- ❑ “Hagan lo que Él les diga”... que nos dice Jesús como grupo a nuestro HOY?



María maestra del primer anuncio



Sor Maria Ko

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga». Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: «Llenen de agua estas tinajas». Y las llenaron hasta el borde. «Sáquenlas ahora, agregó Jesús, y llévenlas al encargado del banquete». Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: «Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento». Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. (Jn 2,1-11)

Iniciamos esta *lectio divina* poniendo la atención en la conclusión del episodio: “*Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él*” (v.11). En esta afirmación concisa y sencilla existe una concentración de palabras clave: *inicio, signo, gloria, creer*. Son términos que se entrecruzan en su significado teológico y están todos focalizados sobre la temática principal del Cuarto Evangelio: la epifanía del misterio de Jesús.

Y, si desde último versículo vamos al primero “*Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí*” (v.1), vemos que este *inicio* sucede en la presencia y con la intervención de María. Hoy, como en el inicio de la comunidad cristiana,

María tiene un rol singular en el primer anuncio y en todo el proceso de evangelización.

Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater*, comentando el texto de las bodas de Caná, señala el rol particular de María, quien “provoca el inicio de los signos” y al mismo tiempo “contribuye para suscitar la fe de los discípulos” (n.21). Provocar un “inicio” y suscitar la fe en las personas: esto es precisamente la meta a la cual mira nuestro compromiso del primer anuncio de Cristo.

1. Una fe capaz de suscitar fe

María se ha convertido en Madre de Dios porque “ha creído en las palabras del Señor” (Lc 1,45): es la interpretación del *fiat* de María que hizo Isabel bajo la inspiración del Espíritu Santo. Abandonada a Dios completamente, comprometida en el avanzar constantemente en la “peregrinación de la fe”, María se ha sintonizado lenta y profundamente con Dios. Por su viva fe y por su “custodiar todas las cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2,19,51) ella llega a una fuerte intimidad con Él, a un aclimatar todo su ser con la esfera divina, a tener una intuición del pensamiento de Dios, a saber discernir espontáneamente su voluntad, a sentir palpar dentro de sí el corazón de Dios. La carta a los Hebreos, elogiando la fe de los antepasados de Israel, dice de Moisés que vivía “como si viera al invisible” (Heb 11,27). Esta bella definición ha sido atribuida también a Don Bosco (cf. Const. SDB, 20). Así Pablo, habiendo llegado a un grado de unión con Cristo exclamó “no soy más yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20), afirma sin retórica y sin jactancia: “Nosotros tenemos el pensamiento de Cristo” (1Cor 2,16). Todo esto puede ser dicho de María. En Caná de Galilea la encontramos así: sencilla, discreta, confiada junto a su Hijo, segura de ser escuchada porque está sintonizada íntimamente con Él.

Juan Pablo II tiene una expresión lapidaria hablando de la misión evangelizadora: “La fe se refuerza dándola” (*Redemptoris Missio* 2). Nuestra misión es similar a aquella de María: suscitar fe, llevar a los jóvenes a Jesús para que puedan ser atraídos por Él. Es necesario, sin

embargo, que nosotros mismos seamos atraídos, felices, apasionados, que nosotros mismos vivamos en la esfera divina sintonizando con el corazón de Dios. “Un fuego no puede ser encendido más que con algo que esté en sí mismo encendido”, afirman los obispos de Asia hablando de la evangelización (*Ecclesia in Asia* 23). “No puede calentarse - dice San Ambrosio - quien no está cerca del fuego ardiente y no puede encenderse por otro que no tenga a Cristo en sí mismo”. María suscita la fe de los demás por la plenitud de su fe.

Puede ayudarnos esta afirmación de Pablo VI: “El hombre contemporáneo cree más en los testimonios que en los maestros, más en las experiencias que en la doctrina, más en la vida y en los hechos que en las teorías” (*Evangelii nuntiandi* 41, citado por Juan Pablo II en *Redemptoris missio* 42), o bien esta expresión de Benedicto XVI citada por Francisco: “La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción” (EG 14). Fascinados presentamos la fascinación de Jesús, atraídos por el Él atraemos a los demás a Él: este es, en esencia, nuestro testimonio en el mundo.

2. Del *fiat* al *facite*

Las palabras que María dirige a los sirvientes y a los discípulos de Jesús “*Hagan todo lo que les diga*” (2,5), revela cuál es la profundidad y la penetración en el misterio de Jesús a las que ha llegado María. Estas palabras son, según lo referido en los Evangelios, las únicas de María dirigidas a las personas. Por eso, son consideradas como “el mandamiento de la Virgen”. Y también las últimas palabras, casi un “testamento espiritual” entregado a sus hijos. Después de esto María no hablará más; ha dicho lo esencial abriendo los corazones a Jesús, Él solo tiene la “palabra de vida eterna” (Jn 6,68). En estas palabras de María se perciben los hechos de la fórmula de la alianza sináptica. Al concluir la alianza el pueblo promete: “*Esto que el Señor ha dicho, nosotros lo haremos*” (Ex 19,8; 24,3,7; Dt 5,27). María no solo personifica al Israel obediente a la alianza, sino también a aquel que induce a la obediencia, ya no a la alianza, sino a Jesús, con quien se inicia una nueva alianza y un nuevo pueblo. Esto emerge con mayor evidencia si se leen estas palabras de María